

Pensar la política hoy

Luis Salazar

Enrique Serrano Gómez, *Consenso y conflicto. Schmitt y Arendt: la definición de lo político*. México, Grupo Editorial Interlínea, 1996.

I

Uno de los rasgos más destacados de los tiempos presentes es, en mi opinión, la mala fama de la política, de lo político y de sus instituciones. Muchas parecen ser las razones de este fenómeno: el fracaso rotundo de las expectativas depositadas en los grandes proyectos de transformación revolucionaria de las sociedades; la crisis de las identidades e ideologías políticas tradicionales; el desarrollo de una globalización económica que de hecho ha recortado gravemente la soberanía de los Estados nacionales; el poderío creciente de unos medios masivos de comunicación cuya penetración parece ir de la mano con lo que sólo puede llamarse una banalización amarillista de la información, en la que la noticia se confunde con lo escandaloso, con el moralismo más estridente y con los chismes y rumores. Es así que en las más diversas partes del mundo actual, la política aparece como espectáculo degradante en donde lo único que tiene relevancia son las denuncias y acusaciones de corrupción, de crímenes, de fraudes y la búsqueda de chivos expiatorios capaces de dar curso a los malestares de grandes franjas de la población.

De esta manera, el tan celebrado triunfo de la democracia liberal como única forma de gobierno que puede pretender verdadera legitimidad parece haber conducido a una paradójica situación de confusión y desconfianza generalizada en las sociedades, abriendo paso a las más heterogéneas posturas *antipolíticas*, desde microfanatismos más o menos violentos, hasta integristas religiosos, pasando por un socialcivlismo huero y abstracto que sólo puede verse como el verdadero complemento espiritual de las tan denostadas como incomprendidas modas neoliberales. No es casual por ello que hoy una de las formas más exitosas de hacer política consista en oponerse a las instituciones y a las organizaciones formalmente políticas, a fin de

explotar y capitalizar precisamente la mala fama de la política y de los políticos, y de profundizar la desconfianza política y la desconfianza en la política. Forma sin duda no sólo hipócrita e irresponsable, sino democráticamente peligrosa en la medida en que se abre a todo tipo de negativismos aventureros en los que lo único que importa es estar en contra, formándose así las más extrañas coaliciones y frentes “opositores” cuyo contenido se reduce justamente a denunciar a los malos, a los enemigos, a los culpables de todos los problemas y algunos más.

En este contexto el libro de Enrique Serrano, *Consenso y conflicto*, puede leerse como un apreciable y sugerente esfuerzo por salir al paso de estas tendencias y pensar, con seriedad, esa realidad compleja y difícil, irritante y problemática, que es la política. Tanto más porque se trata de un texto filosófico en el mejor sentido de la palabra, de una obra que plantea preguntas y examina categorías y conceptos que suelen darse por descontados o por obvios con demasiada desenvoltura por otro tipo de estudios empíricos o comparativos, y que sin embargo exigen, como lo muestra nuestro autor, una reflexión que precise y aclare sus significados, que muestre sus presupuestos e implicaciones y, a fin de cuentas, que ponga a descubierto los compromisos teóricos y prácticos que suponen. En un medio como el nuestro, en el que los debates no suelen brillar por su nivel teórico ni por su rigor conceptual, el intento de Enrique Serrano por pensar seriamente a la política, por definir claramente sus aspectos constitutivos y por criticar las simplificaciones maniqueas y extremistas tan en boga merece por ello no sólo ser bienvenido sino, lo que es más importante, ser leído y discutido ampliamente.

II

Al menos desde la antigüedad grecolatina, la política se convirtió en una obsesión de todos los grandes pensadores. De hecho apenas hay intelectual o filósofo que, de un modo o de otro, no se haya cuestionado por la ambigua y siempre problemática realidad que llamamos política, sea para tratar de entenderla, sea para tratar de juzgarla, sea para simplemente denunciarla y condenarla. En este sentido, no es demasiado aventurado decir que la política ha ido unida siempre a la reflexión sobre lo que es, lo que ha sido y lo que podría y debería ser la política. Al extremo de que tampoco parece difícil sostener que la reflexión teórica sobre la política de alguna manera es un aspecto constitutivo de la política misma, de su funcionamiento y de las expectativas y frustraciones que provoca. Al menos en la medida en que aparece desligado o relativamente independiente de supuestos fundamentos sagrados o religiosos, el problema de definir la política, de pensar la

política, de delimitar sus alcances y establecer sus posibilidades, ha jugado un papel en la configuración de las culturas, instituciones y prácticas de la política. Aunque existe sin duda una gran distancia entre las reflexiones de autores como Platón, Hobbes, Rousseau, Hegel, y las opiniones de sentido común de las grandes multitudes e incluso de los saberes empíricos de la mayor parte de los políticos profesionales, esa distancia no anula el hecho decisivo de que, por lo menos para la cultura occidental, la realidad práctica de la política en buena medida depende de una lucha, teórica y práctica, en torno a las concepciones y definiciones de la política misma.

Desde esta perspectiva, el autor de *Consenso y conflicto* nos propone definir la política a partir de las obras de dos de los más importantes y heterodoxos pensadores políticos del siglo XX: Carl Schmitt y Hannah Arendt. No obstante las grandes diferencias que los separan, ambos parecen compartir un cierto *feeling*, una cierta aguda intuición o sensibilidad para la política que los convierte en puntos de referencia obligados para cualquiera que intente realmente captar algunas de las dimensiones básicas, no siempre agradables, de esa endemoniada y compleja realidad. Al mismo tiempo, como muestra bien Enrique Serrano en su libro, ambos sin embargo —aunque por razones diversas y hasta opuestas— parecen culminar en visiones parciales, unilaterales y hasta inaceptables de la misma, sea porque absoluticen una de sus dimensiones —la intensidad existencial del conflicto, en el caso de Schmitt, la reducción del poder a un consenso de los que actúan concertadamente, en Arendt—, sea porque promuevan soluciones más que discutibles para los problemas contemporáneos —el decisionismo arbitrario en Schmitt, el participacionismo casi puramente estético en Arendt—, sea en fin porque preconizan valores francamente incompatibles con la democracia moderna (Schmitt) o con la modernidad misma (Arendt).

Por ello, el trabajo que nos ocupa lo que parece buscar, a mi entender, es justamente extraer y recuperar de obras densas y complejas los elementos contenidos en aquella intuición o sensibilidad hacia la política, asumiendo que ellos nos pueden iluminar en el camino de redefinir adecuadamente a la política, sin menoscabo de criticar ampliamente supuestos, soluciones y posiciones desde un punto de vista teórico —mostrando sus incongruencias e insuficiencias analíticas— y político —señalando su incompatibilidad con una política democrática posible y deseable.

Así, el famoso criterio distintivo de lo político propuesto por Schmitt, el de “amigo/enemigo”, es discutido minuciosamente por Enrique Serrano bajo la idea de que con ese criterio el jurista alemán apunta a algo que efectivamente es decisivo para la comprensión de la política. A saber, que el conflicto no sólo es consustancial a la política sino que, además, para adquirir rango propiamente político, ha de entenderse existencialmente en el horizonte de

la violencia colectiva, es decir, bajo el presupuesto nunca plenamente eliminable de la guerra (civil o internacional). Contra toda pretensión utópica o totalitaria de descubrir e imponer un orden sin fisuras ni contradicciones, todo armonía y racionalidad, Enrique Serrano recupera la provocadora propuesta schmittiana a fin de recordarnos que el pluralismo y la contingencia del mundo social humano vuelven inexorables los conflictos y en particular, con su intensidad propia, los conflictos políticos. Pero no basta aceptar, como algunos liberalismos ingenuos lo hacen, que los conflictos son indisolubles de toda política, de todo lo político; es necesario entender, igualmente, que su intensidad peculiar, su insuperable dimensión existencial propia —que los vuelve irreductibles a otras lógicas de la convivencia social, económicas, culturales, morales o religiosas— proviene de ese horizonte brutal y ominoso, pero a la vez omnipresente como posibilidad efectiva, que es el de la guerra, el de la destrucción violenta de vidas y sociedades.

No se trata para el autor de seguir a Schmitt en las muy forzadas conclusiones autoritarias que deriva de esa intuición esencial. Se trata, por el contrario, de mostrar por qué y cómo ella puede y en cierto modo debe conducir a pensar la política como actividad e instituciones capaces de evitar la guerra, de afirmar la paz, no mediante la supresión imposible de los conflictos, sino mediante el establecimiento de una lógica legal e institucional capaz de darles cauce y de procesarlos pacíficamente. De asumir entonces plenamente el pluralismo y la contingencia del orden social, y de reconocer en los conflictos de opinión y de interés no un mal a suprimir sino oportunidades de aprendizaje colectivo, de debate programático, de experimentación abierta y, sobre todo, de afirmación de libertades y potencialidades.

En el mismo sentido se orienta Enrique Serrano en la segunda parte del libro, dedicada a una cerrada discusión con el pensamiento político de Arendt. Aquí la intuición básica en cuestión concierne a la política y el poder como capacidad de actuar públicamente para llegar a acuerdos y consenso sobre los fines colectivos de las comunidades humanas. Muchas son las reservas que han suscitado las definiciones arendtianas del poder, de la política, así como sus análisis de las revoluciones y el totalitarismo. Pero aún reconociendo la justeza de tales reservas, el libro *Consenso y conflicto* quiere mostrar-nos que es posible recuperar aquella intuición sobre el consenso, siempre que la articulemos adecuadamente con las del conflicto y la violencia. En efecto, con Arendt, el autor sustenta justificadamente que no tenemos por qué optar entre las utopías racionalistas del orden sin conflicto y fundado en la verdad, y el decisionismo autoritario al estilo schmittiano, como si la política tuviera que (o pudiera siquiera) reducirse a tales extremos.

La política bien entendida no tiene que ser ni decisión arbitraria y autocrática de un soberano colocado por encima de las leyes y de los seres

humanos, ni tampoco imposición de una verdad filosófica o científica a la que sólo nos quede obedecer. Tales posturas, de hecho, vienen a negar una vez más el pluralismo y la contingencia de las sociedades; ambas, además, terminan por promover lo que pretenden superar: el desorden, la inseguridad, las guerras de exterminio, el fracaso, en fin, de la política. Si la política no es ciencia, nos recuerdan Arendt y Serrano, tampoco tiene que ser pura arbitrariedad; ha de ser y ha de verse, más bien, como una racionalidad diferente, abierta a lo particular, a lo contingente, a lo plural, y por ello capaz de reconocer en las opiniones y en las experiencias de los ciudadanos algo más que ignorancias y mitos despreciables y/o explotables, es decir, la materia y la sustancia de los sentidos múltiples y conflictivos de una vida colectiva que por ello mismo debe someterse permanentemente a debate y a deliberación pública.

Intensidad existencial de conflictos que ponen en juego identidades, reglas y proyectos de vida colectiva, pero también esfera pública que haga posible la aparición de actores y de temas y que permita también deliberaciones y debates capaces de configurar consensos difíciles, precarios, pero necesarios si se ha de mantener la paz, si se ha de lograr la unidad de la pluralidad así como la afirmación o selección civilizada de aquellos programas, de aquellas propuestas de reordenamiento permanente de una realidad que siempre podría ser de otra manera: todas estas son dimensiones indispensables de una definición de la política que quiera ser al mismo tiempo realista y crítica. Que quiera, en otras palabras, hacerse cargo de esa realidad ambivalente e irritante, pero a la vez estar en condiciones de denunciar sus riesgos, sus desviaciones, sus patologías.

III

Muchos puntos abordados en el libro merecerían una discusión detallada. Como todo esfuerzo serio de interpretación/reconstrucción de autores tan complejos como Schmitt y como Arendt, *Consenso y conflicto* no deja de provocarnos dudas, interrogaciones, e incluso objeciones. Por ejemplo, sorprende un tanto que parezca asumirse sin más el desprecio arendtiano por determinadas tradiciones racionalistas de la filosofía política, que a su vez, son más caricaturizadas que pensadas. Sorprende también que, siguiendo una opinión discutible de Schmitt, se pretenda reducir a un filósofo tan complejo y ambiguo como Hobbes a un decisionismo autoritario estatista. Y sólo puede echarse en menos que a lo largo de toda esta discusión, y sobre todo cuando se habla siguiendo a Arendt de la fundación de la libertad, no se haga referencia alguna a otra dimensión constitutiva de cualquier política: la

referente a la relación gobernantes-gobernados, dirigentes-dirigidos. Y finalmente tengo la impresión de que las conclusiones no hacen plena justicia de los desarrollos previos, contentándose con una propuesta que a mi modo de ver hubiera sido conveniente argumentar más extensamente.

Pero todas estas dudas y sugerencias en nada disminuyen el valor de un texto que nos invita a pensar seria y rigurosamente a la política a través de dos verdaderos clásicos del siglo XX. Por eso, para todos los que seguimos creyendo que la política es y puede ser mucho más que un espectáculo frívolo y degradante, el libro de Enrique Serrano es una importante aportación.